



Mirella Romero Recio (coord.), *La caída del Imperio Romano. Cuestiones historiográficas* (=Potsdamer Altermumswissenschaftliche Beiträge 53), Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2016, 220 pp., con ilustraciones [ISBN: 978-3-515-10963-5].

La caída del Imperio romano es un tema que nunca ha dejado de suscitar interés entre especialistas y profanos. Sigue siendo hoy en día, de hecho, una de las cuestiones que más atrae sobre el mundo antiguo a los lectores ajenos a la disciplina. Sin duda en esta continua fascinación tiene mucho que ver la voluntad de evitar el mismo final por parte de los grandes países modernos, muy especialmente, Estados Unidos. La reciente elección de D. Trump como presidente de este país ha reanimado la cuestión ya que se han sugerido todo género de comparaciones entre la situación de esta nación en la actualidad y los motivos que llevaron a Roma a su fin. Baste con una rápida búsqueda en internet para comprobar la actualidad del tema de la monografía que se comenta y los acalorados debates, discusiones y posicionamientos que sigue despertando hoy en día el final del Imperio romano y las posibles enseñanzas que de esa decadencia pueden extraerse para los estados modernos. En Europa, por ejemplo, se ha establecido un paralelismo entre la decadencia de la romanidad como consecuencia de la política del Imperio romano de extensión de la ciudadanía y los problemas que afronta la Unión Europea con la inmigración, que se considera en algunos sectores un elemento corruptor y un peligro para la propia existencia de la federación.

La propuesta de esta sólida y bien diseñada monografía, sin embargo, no es realizar un nuevo análisis de los graves tiempos en los que desapareció el Imperio, sino que el principal objetivo del volumen es “abordar la revisión de las tendencias historiográficas que subyacen en las interpretaciones que han explicado el fenómeno y el período” (p. 7). De esta forma, se plantea un acercamiento diferente, y en buena medida novedoso, a la caída del Imperio romano, que resulta, si cabe, más interesante que otro análisis más de causas y consecuencias, pues la correcta valoración de los sucesos que han transmitido las fuentes sólo se puede realizar si se conocen los marcos de interpretación con los que se dotaron de sentido. Sólo así se pueden entender los distintos postulados e interpretaciones que se han realizado y se siguen defendiendo sobre la crisis.

La propia elección temática de la monografía constituye, por tanto, uno de sus aciertos principales. En este sentido, es interesante señalar que en el origen del libro que se reseña se encuentra un congreso celebrado en el Instituto de Historiografía “Julio Caro Baroja” de la Universidad Carlos III de Madrid en octubre de 2011. Algunos artículos presentados en este congreso, junto con trabajos de otros especialistas en la materia, conforman las doce contribuciones de este interesante volumen que forma parte de la prestigiosa colección Potsdamer Altermumswissenschaftliche Beiträge, publicada por la editorial Steiner.

La obra comienza con una presentación de la coordinadora, M. Romero Recio (“La caída del Imperio Romano. Cuestiones historiográficas”, pp. 7-9). A continua-

ción, P. Barceló lleva a cabo una explicación sobresaliente de la forma en la que Amiano Marcelino narró lo que en su opinión era el irreversible declinar de Roma (“Ammianus Marcellinus. Ein Historiker in Zeiten der Krise”, pp. 11-31). En una interesante aportación, Barceló señala la cercanía de Amiano con Tucídides, ambos historiadores del final de un imperio, así como con Tácito, modelo para el redactor de las *Res Gestae*. Igualmente, E. Muñiz Grijalbo abunda en la idea de que la noción de la decadencia de Roma estuvo presente en autores anteriores al siglo V, centrándose en su caso en el estudio del rétor Libanio (“Libanio y la crisis de la civilización”, pp. 33-42). En su excelente artículo, Muñiz señala que para Libanio la crisis derivaba principalmente de la difícil situación en la que se encontraban las aristocracias ciudadanas tradicionales. Una de las conclusiones principales del artículo vincula la selección de tópicos sobre la decadencia del Imperio que realizó Libanio con la construcción de un modelo ideal del buen gobernante; de cómo debía actuar según el rétor el emperador que detuviera el declinar de Roma, cuyas características corresponden con las de Juliano.

Centrándose en el s. V, en especial en la significación del cardinal año 476, H. Zurutuza (“La situación de la Italia Imperial en el siglo V. Un problema historiográfico”, pp. 43-52) destaca que, frente a la tradicional interpretación como escisión o final en el momento en que se produjeron los acontecimientos, pocos vieron en ellos algo más que “un nuevo episodio en la larga y turbulenta secuencia de golpes de facto e intentos de usurpación” (p. 50). Una valoración muy cercana a la que planteará M. Clauss (“(K)ein Fall Roms. Das Jahr 476 in der antiken Geschichtsschreibung”, pp. 99-107), que también enfatiza la continuidad frente a la ruptura. En su caso destaca que la –en su opinión– supuesta división del Imperio en dos, que se suele considerar como una novedad del período, no lo fue en absoluto pues existía desde el Principado. La aportación de J. Vilella (“*Incessabiles lacrimas fundens*. Los testimonios patrísticos alusivos a las primeras presencias germánicas en la *Hispania* del siglo V”, pp. 53-74) se detiene igualmente sobre el s. V para estudiar el conflicto entre los recién llegados germanos y las poblaciones hispanorromanas.

J. Alvar y J. M^a Blázquez realizan un recorrido sumamente interesante por las fuentes antiguas que culpabilizaban a los cristianos del fin de Roma (“*Christianorum meritum!* Historiografía sobre los orígenes de la inculpación cristiana en la caída del Imperio romano”, pp. 75-98) con las que conecta el razonamiento de la crisis de E. Gibbon, quizás el más famoso de todos los historiadores que han intentado explicar la decadencia del Imperio. La revisión de las fuentes comienza con Tertuliano pues, según constatan los autores de este capítulo, para época de Septimio Severo ya se encontraba asentada la noción que hacía a los cristianos responsables de todos los males de Roma. En un completo análisis (*quae desunt?*) se revisan las opiniones de los apologetas y escritores paganos de los siglos II a VI. Las fuentes antiguas se ponen en relación con los autores de época moderna que vinculaban el auge del cristianismo y la caída del Imperio –Löwenklav, Montesquieu– para llegar nuevamente a Gibbon. El autor inglés defendió que las virtudes cívicas de los romanos se perdieron como consecuencia de la cristianización de la sociedad y este fue el motivo del declinar y la eventual caída de Roma. Aunque, como destacan los autores de este capítulo, los postulados del escritor inglés ya no se comparten, sin embargo su “tesis cuajaba en una intelectualidad claramente desafecta de la tradición católica, resultado de una larga historia de conflictos ideológicos y militares que había quebrado la cristiandad y que buscaba en las explicaciones del pasado argumentos para su presente” (p. 97).

Precisamente en este debate –y en su utilización por parte de los pensadores de la Europa moderna– se centra el acertado y claro estudio de C. Martínez Maza (“La secuencia del error romano según la Reforma”, pp. 109-125). La autora expone la forma en la que los reformadores sustentaron sus argumentos para la escisión del catolicismo en la cercanía de la Iglesia romana con los elementos paganos del período tardoantiguo. Para mostrar la perversión católica buscaron aquellas prácticas de la religión universal que no se podían vincular con los Evangelios y que, por tanto, se podían considerar adendas espurias. La autora prueba, en un detallado análisis de las principales críticas de los reformistas al catolicismo, que las causas de la investigación protestante no fueron meramente religiosas, sino que tuvieron un claro componente político, pues la desautorización de la Iglesia de Roma y la acusación de paganismo justificaban la acción contra el emperador, firme defensor del papado.

La aportación de la coordinadora del volumen, M. Romero Recio, vuelve sobre la figura de Gibbon en su caso para mostrar cuál fue la recepción del autor en nuestro país desde su publicación y durante el s. XIX (“Gibbon en la España de los siglos XVIII y XIX”, pp. 127-140). En un artículo lleno de erudición, la autora señala que los seis volúmenes de *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* se publicaron entre 1776 y 1788, mientras que la primera traducción al español apareció en Barcelona entre los años 1842 y 1847. Se presentan las interesantes figuras de José Mor de las Fuentes, que fue el traductor de la obra y quedó fascinado por la misma y su autor, y Antonio Bergnes de las Casas, que fue quien encargó el proyecto y que fue, a su vez, traductor de otras obras históricas importantes como la *Historia de España* de Romey. La autora muestra que el retraso en la traducción de la obra tuvo que ver con la valoración que en ella se hacía del cristianismo y el protagonismo que Gibbon le confería en la caída de Roma. La obra estuvo incluida en el índice de libros prohibidos por la Iglesia, circunstancia que no impidió que algunos intelectuales españoles de la época la conocieran y manejaran. Sin embargo, queda claro de la lectura de este capítulo que “el lastre de un catolicismo extremadamente conservador impidió no sólo una adecuada difusión de la obra de Gibbon en España, sino también una correcta comprensión de las teorías expuestas” (p. 134).

S. Panzram, por su parte, presenta un interesante trabajo sobre Mommsen y la Antigüedad tardía (“«Il n’est décidément pas assez *monsignore*». Mommsen y la Antigüedad Tardía”, pp. 141-163). La autora expone con claridad la visión negativa que tuvo el autor alemán sobre el cristianismo –“Religión plebeya”, “fe ciega”, “secta judía acabada”–, así como las limitaciones que el propio sabio manifestaba tener en materia de teología e historia eclesiástica. Con todo, Panzram también muestra el interés que siempre despertó en Mommsen el paso de la Antigüedad a la Edad Media, un período que contemplaba como una unidad cronológica distinta que requería una dedicación científica particular, todo ello antes de que se acuñara el propio término de Antigüedad tardía.

La siguiente contribución, escrita por S. Castellanos, reflexiona sobre las interpretaciones que se han dado entre los investigadores sobre la “caída” de Roma –el entrecorillado del término es del propio Castellanos– (“Contar el final de Roma. Los contemporáneos y nosotros”, pp. 165-176). El autor realiza una lúcida exposición sobre los argumentos principales de los investigadores que defendieron la continuidad y los que propugnaron una cesura definitiva. Castellanos se enfrenta a este espinoso debate con un estilo claro y atractivo con el que consigue hacer fácil un debate historiográfico que es, sin duda, sumamente complejo. En su exégesis del

hito historiográfico que supone la caída de Roma incluye un argumento adicional, el de los bárbaros, realizando acertados comentarios sobre “hasta qué punto los nacionalismos, las guerras contemporáneas o la geopolítica influyen en la investigación académica” (p. 171). Otra sólida aportación que se centra en la discusión entre caída frente a continuidad y transformación es el capítulo firmado por M^a V. Escribano Paño (“¿Decadencia romana y Antigüedad tardía? Los términos del debate historiográfico actual”, pp. 177-190). La autora destaca desde un principio que dicha reflexión sobre la caída de Roma “es en buena medida una discusión sobre la utilidad de las periodizaciones” (p. 177), señalando igualmente que la propia aparición de la Antigüedad tardía como categoría cronológica es un relevante acontecimiento en dicho ámbito. Escribano analiza de forma pormenorizada los hitos fundamentales del debate, sirviéndose de una bibliografía sumamente amplia que, además de dar solidez a sus afirmaciones, convierten a este capítulo en sumamente útil para futuros investigadores. Con acierto da cumplida cuenta de las dificultades y limitaciones en la actualidad del “optimismo historiográfico americano” de Brown, y aporta, igualmente –en un esfuerzo que aumenta el valor de la contribución– los aspectos que deberán tener en cuenta los futuros trabajos: “La dimensión temática, cronológica y geográfica de la Antigüedad tardía debe ser redefinida de manera global y coherente teniendo en cuenta las tres dimensiones y no de manera segmentada”; para concluir que “en la eliminación de fronteras temáticas, cronológicas y geográficas entre lo antiguo y lo medieval es preciso diferenciar entre continuidad y permanencia y moderar el fecundo recurso a la analogía con la modernidad como método de razonamiento histórico” (p. 189).

El volumen se cierra con el capítulo de M. Sandberg (“Von der Demütigung zur Demut. Anmerkungen zu Deutung und Wirkung der Mailänder Kirchentürszene in der deutschen Historiographie”, pp. 191-220) que somete a estudio el enfrentamiento entre Ambrosio de Milán y Teodosio y la imposición de penitencia al emperador. Sandberg realiza un recorrido por las distintas interpretaciones que se han dado en la historiografía alemana moderna a este hecho y se detiene también a exponer las representaciones de la penitencia imperial en la pintura de los siglos XVII y XVIII.

En definitiva, la monografía propone un análisis sólido y amplio de las interpretaciones historiográficas y los problemas principales del tema propuesto. La amplitud temática de los artículos y la solidez intelectual y argumental de las aportaciones –desgraciadamente no siempre el caso en obras colectivas de este tipo– permite concluir que se trata de una contribución excelente. Sin duda, la monografía se convertirá en una obra de referencia para futuras aproximaciones al apasionante debate sobre la caída de Roma.

Fernando Lozano Gómez
Universidad de Sevilla
flozanogomez@us.es